

XIII

Mi tertulia.—Charla benéfica.—Iglesias Bautistas.—Casamientos.—Entierro.—Pick-nick.—“Reception.”—La Policía.—Las Comisarias.—Penitenciaría.—Blakwell’s.—Barbaridades.—Huelgas de obreros.—Matanzas y horrores.—Un “meeting.”—Mi viaje.—Mi tertulia.—Otra vez los huelguistas.—Reflexiones sobre los obreros.

QUEDE rendido de mi visita al Hospital de Mujeres: en la noche, y por vía de descanso, fui á la casa de D. Ramon, en donde estaba, como nunca, animada la tertulia.

El calor era sofocante: á la entrada de la casa, que no puede llamarse zaguan, estaban las señoras y señores formales; las señoras, en una especie de balconcillo contiguo, tenían sus sillones; el resto de la concurrencia estaba en tapetes, sentada en los peldaños de la escalera. Los chicos

subían y bajaban entre la concurrencia, juguetones y risueños.

—Mucho se habrá vd. entretenido en el Hospital de Mujeres, me dijo D. Pedro: cada uno de esos establecimientos tiene mucho que estudiar.

—En efecto, repuse yo; pero quedé rendido: al menor esfuerzo, me sale lo viejo por todas las costuras.

—¿Hay muchas enfermas? preguntó D. Ramon.

—No las pude contar, repliqué, porque han ido al campo, como es costumbre.

—No vaya vd. á creer, interrumpió Doña Ambrosia: ¿ve vd. ese gimnasio, y esas espaldas, y esas fuerzas de gañanes que tienen las mujeres? pues realmente son muy enfermas. Vd. figúrese: á los ocho días de recibir éstas un niño de Francia, andan saltando como unas cabras por esas lomas.

—Vea vd., á mí me dijeron, que aquí reinan las intermitentes, las perniciosas, las reumas, la dicteria...

—Señores, dijo Adela, nos vamos á enfermar si seguimos platicando así. Fué vd. con tanto gusto al hospital, y no quiso ir al bautizo del otro día que le habria divertido mucho más.

—Figúrese vd., dijo Juanito, que le dieron una zabullida en un estanque á la interesada, que se quedó tiesa.

—¿Qué me está vd. diciendo?

—Lo que vd. oye. En esas iglesias, así se hace, que lo diga D. Pedro.

—Son las Iglesias Bautistas, que como vd. sabe, tienen por institucion el bautizo de los adultos.

—En el centro de la iglesia hay un estanque con agua.

—Muy fria por supuesto, dijo Doña Ambrosia.

—Sobre el estanque se ponen unas tablas y se hace el bautizo, añadió D. Pedro,

—Papá, cuénteles vd. bien á *Fidel*; porque ha de saber vd. que hay muchísima concurrencia y cantos de dulcísima armonía. Cuando yo asistí á esa ceremonia, el sacerdote y una lindísima jóven de diez y seis años, estaban en el tablado.

—Iba la jóven vestida de blanco, como una nube, repuso Doña Ambrosia.

—Sus largos cabellos caían sobre los encajes y la trasparente muselina, añadió Juanito.

—Cuando nadie lo esperaba, cogió el padre de la nuca á la muchacha, y ¡zas! de sopeton la sumió en el estanque, dándole un sustazo de muerte: al padre no le sucedió nada, porque iba forrado de hule, dijo D. Pedro.

—Pues la muchacha estuvo de fortuna: yo he visto esa ceremonia en Washington: la tabla en que está de pié la catecúmena y descansa en el estanque, se zafa repentinamente, ella se sumerge, y aquello sí es cajeta: la rociada que llevan los concurrentes es para resfriarlos.

—Pues yo he visto más, exclamó Juanito: yo he visto en medio del invierno conducir en carretadas los negros, á bautizarlos en el Potomac, donde rompián el hielo con las cabezas: aquello sí era de encoger al más pintado. En cambio, los bautizos de los católicos se hacen como en todas partes.

—¿Y los matrimonios? pregunté yo esperanzado en saber algo de costumbres.

—De los matrimonios puede decirse, me respondió D,

Pedro, como del bautizo: la ceremonia es con arreglo á los ritos religiosos.

—Hablemos de protestantes, dijo Adela, deseosa de complacerme y con la viveza que le es genial. Se anuncia el matrimonio, poniéndose á la entrada de la casa una cortina é instalándose en la propia casa dos policías.

En la puerta de la iglesia se pone tambien cortina.

La novia va vestida de blanco, como el dia de la primera comunión, . . .

—Pero en la iglesia, todo es muy desairado, observó Doña Ambrosia: figúrese vd. que no hay arras, ni hay velación, ni nada; se cambian muy friones los anillos, y se acaba todo.

—Pero, dijo D. Ramon, al salir á la iglesia, se les echa á los novios flores á manojos, y se deslizan sus botellitas de Champaña entre las ruedas del coche.

—Eso no es nada, insistió Doña Ambrosia; tambien dirá vd. que entre las flores suelen arrojar un zapato.

—Eso quiere decir, exclamó Adela con malicia, que aunque sea en un pié, debe salir á la calle la mujer.

—Ese es el origen del refran de la mujer casada: "los piés quebrados y en casa," que tiene su equivalente en español.

—Si se llevara á cabo ese refran aquí, las mujeres se morían . . . para una mujer, encerrarla es como enterrarla viva.

—Y ahora que hablamos de entierros, seguí yo, ¿es cierto que luego que muere alguno se le sepulta en hielo?

—Es mucha verdad, contestó Doña Ambrosia: figúrese vd. qué sorbete! . . . si tienen estos hombres cosas! . . .

—Eso tiene la ventaja de que á nadie se le entierre vivo . . . del mal, el ménos.

—Ya se ve . . . el más vivo espicharía con semejante refresco.

—Hay tambien su comitiva de duelo.

—Muy corta, cuando en la casa mortuoria hay proporciones; porque en la casa se alquilan los coches: cuando son pobres, cada cual lleva su coche.

—Pero ya habrá vd. visto; la gente va como de paseo tras el carro fúnebre: no se conoce el luto, las mujeres y los niños parece que se van á un dia de campo. No, esa sí es una falta de caridad y de respeto al muerto, dijo Doña Ambrosia: ya se ve, llevan á la iglesia el cadáver y allí le descubren, y cada quien lo está mirando y observando como si se tratara de una estatua.

—Pues á mí eso me agrada, dijo Juanito.

—Pues hay gustos que merecen palos, dijo Doña Ambrosia amostazada.

Yo, queriendo que no degenerara en tristeza la conversacion, pasé bruscamente de uno á otro punto, diciendo á D. Pedro:

—De lo que no tengo ni remota idea es de un baile en una casa particular, si no es en San Francisco, en casas mexicanas.

En Orleans asistí, como aquí, á Pick-nicks de carácter público, y no á los días de campo de familias, que contribuyen con un manjar para sus comidas íntimas, como suele suceder entre nosotros.

El Pick-nick se verifica en un jardín; se canta, se baila, cuchichean los novios y los niños juegan alegres.

Hay diversiones de esas que tienen carácter de *jamaicas*, como hemos visto en Orleans; y por último, en el mar, como la de *Rockway Island*, de que he hablado; pero baile en forma, no lo conozco.

—Yo he asistido, me dijo Adela, á lo que se llama *Reception*, que es en realidad un gran baile en que se ostenta lujo y esplendor.

El *Reception* es de día, á las dos ó tres de la tarde. La señora de la casa, que es quien ha hecho la invitación, recibe á los invitados á la puerta del salón, con ramos de flores que les distribuye.

Se baila sin cesar cuadrillas y wals: la danza es desconocida casi.

En una de las piezas interiores hay una gran mesa con exquisitos manjares y vinos, entre los que el Champaña hace el principal papel.

No hay asientos al rededor de la mesa: las personas que desean refrigerarse visitan el comedor, comen con la premura que devora un *lunche* un hombre de negocios, y sigue bailando, no como quien ha comido, sino como á quien se ha dado cuerda.

—Pero esos bailes, que duran hasta las nueve de la noche, solo se verifican en invierno. En la presente estación no se visita; se quitan las alfombras y se envían á que se renueven, se pintan las casas, se reparan los muebles y todo el mundo está en el campo y en los baños, en que como en Saratoga, se vive la vida del hotel y es un perpétuo festín la temporada.

Eran las doce de la noche: los cafés y parques tenían

concurancia y se oían á lo lejos las locomotoras, rugiendo como leones.

Una de las cosas que más elogia y que más complacen al viajero que visita Nueva-York, es la policía, comenzando por el personal que siempre es escogido, aun tratándose del físico de sus individuos.

Visten levita y pantalon azul con botones de plata, guantes blancos de algodón y un sombrero de fieltro con sus borlitas de oro. Por toda arma usan una especie de grueso bolillo de dos tercias de largo, suspendido á su mano con un cordón.

Estos hombres rondan día y noche la ciudad, aun los policías de los parques y paseos, que se distinguen porque su uniforme es gris y usan cachucha.

El *Mayor* ó Prefecto de la ciudad, elige los Jefes y la Junta de Comisarios.

Hay superintendente, un secretario y una fuerza de poco ménos de dos mil hombres, con 35 capitanes, 133 sargentos, 75 vigilantes y 80 ordenanzas. El total de los empleados en este ramo, son 4,000 hombres.

El Cuerpo de policía se compone de hombres en todo el vigor de la edad, y se buscan verdaderos atletas, que dan gusto de ver.

Nada más interesante que ver á los policías entre la maraña de coches y el indescriptible tragin de Broadway, que cruzan por entre carros y caballos, llevando del brazo á un ciego, cargando un niño, y amparando, siempre respetuosos, á una jóven.

La generalidad paga con afecto las atenciones de estos caballeros, porque tal nombre puede dárselos, y aun la gente viciosa les considera, con excepcion de los ébrios, que ponen á prueba su paciencia.

Por lo que á nosotros toca, jamás hemos visto á un policía maltratar á un preso; nunca esa familiaridad repugnante con la gente perdida; en ninguna circunstancia faltando á las leyes de la buena crianza y del deber, abusando de la autoridad.

A todas horas del día y de la noche se les encuentra por todas partes y es de su deber guiar al viajero, lo que para los extranjeros aumenta más la simpatía.

Las *comisarias*, que tienen funciones como en México, están situadas convenientemente en la ciudad, en número de treinta y seis, y son oficinas en toda forma. La oficina que yo ví en la calle de Greenwich, tiene su amplio despacho, con las mesas cercadas de un barandal de madera, su reloj y su telégrafo para comunicarse con la oficina de City-Hall, dar avisos, pedir auxilios, acudir al llamado del superior, etc. Este telégrafo presta á la ciudad servicios importantísimos.

Contiguo al despacho hay un salon con asientos, y otra sala pequeña en que los heridos reciben los primeros auxilios.

Dividido por un pasadizo pequeño, pero embutido entre los muros del edificio, como un gran dado en su holgada caja, hay un edificio pequeño formado de celdillas en que se asegura á los reos hasta por una noche, miéntras se les conduce á su destino.

El piso del cuarto es como un ataud, con una puerta de

barras de hierro; no podrian caber dos personas de frente dentro de aquellos cuartos, que son oscuros y malsanos. En uno de ellos habia detenido un niño porque habia cortado unas flores.

A mí me pareció cruel aquel modo de detener, aun á personas declaradamente criminales: cualquiera de las jaulas de fieras del Parque Central, me pareció en mejores condiciones de vida.

Habia visitado ántes en Blakwell's la Penitenciaría. Blakwell's es una isla en que hay hospital y edificios destinados á la beneficencia y al trabajo.

Allí se encuentra la casa de dementes, la de trabajo, el hospital y la penitenciaría, en que se tiene una detencion temporal.

La isla está al Este, y entre arboledas y risueños prados casi desiertos, se descubren los grandes edificios de piedra de cantería oscura, que negrea tristemente, como que va á morir en ellas la luz, y donde parecen condenadas á la expiacion las cortinas de enredaderas que trepan las paredes, dejando los claros de las ventanas, como hay muchas casas en la ciudad.

Desgraciadamente, la persona con quien hablé en la penitenciaría de Blakwell's, es de las muy pocas que he encontrado en los establecimientos públicos, ásperas y poco atentas con las órdenes y recomendaciones que yo llevaba; así es que ví mal el edificio y no puedo entrar en pormenores como quisiera. Diré, no obstante, lo que ví.

Figurémonos una inmensa galera de robustas paredes, con sus hileras de ventanas y su techo altísimo.

Dentro de la galera está construido el edificio, que es un